Miércoles, 07 de noviembre 2012

El futuro post-Americano

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/11/the-post-american-future_7.html

Algo que he aprendido durante todo el tiempo que llevo escribiendo mensajes en el informe del Archidruida es que es una pérdida de tiempo para tratar de predecir qué hilos serán de interés para mis lectores y cuáles no. La narrativa de ficción del mes pasado es un buen ejemplo de ello. Mi plan original era dedicar un breve hilo a un escenario del colapso imperial estadounidense. Cuando lo tuve listo, incluso después de meterle sin piedad las tijeras, vi que era del tamaño de unos cinco posts; decidí publicarlo todos modos lo largo de cinco semanas, ya que era una buena manera de ilustrar los temas que he estado desarrollando desde febrero de este año, pero pensé que sería simplemente otro mes más o menos normal en mi blog.

Sin embargo, eso no sucedió. El mes pasado, el Informe Archidruida logró el mayor número de páginas vistas de cualquier mes en su historia; el primer episodio de la ficción es la página más vista de este blog, y los otros están subiendo rápidamente a posiciones comparables. Es interesante reflexionar sobre las razones que lo han motivado, pero sospecho que la más significativa de esas razones es también la más simple: la narrativa que esbocé presentaba el declive y la caída de los Estados Unidos no como el fin del mundo, ni como una excusa para otra cansina película de suspense como las de Tom Clancy, sino como un acontecimiento histórico ordinario.

Me gustaría profundizar en eso un poco, porque —como los lectores habituales de este blog ya saben— la historia es el principal recurso que utilizo para guiar lo que aquí se publica. La hipótesis central que da forma a mi visión del futuro es la propuesta de que nuestro tiempo no se diferencia mucho de tiempos pasados, simplemente las épocas son diferentes. La idea de que la época actual es totalmente única en la historia, aunque sea popular, no me convence. La costumbre de utilizar esa idea como una excusa para proyectar una gran cantidad de fantasías utópicas y apocalípticas sobre los patrones de manchas de tinta del futuro me parece francamente delirante. Tiene más sentido, creo, reconocer que la expansión imperial es extensión imperial no importa qué tecnologías utiliza el imperio en cuestión, y que tratar de imaginar un futuro sobre la base de paralelismos históricos es una estrategia más útil que empeñarse en que el futuro debe ser conforme a nuestros deseos, nuestros miedos, o ambas cosas a la vez.

Por lo tanto me gustaría relatar algunos de los acontecimientos históricos que he utilizado como modelos para la trayectoria de la decadencia y caída de "Cómo ocurrió todo", y hablar un poco acerca de por qué esos modelos son relevantes.

1.- El escenario global de la aventura militar conduce a una crisis de legitimidad y al colapso de un gobierno. Está inspirado en la Guerra de las Malvinas de 1982, aunque podría haber utilizado muchos otros ejemplos. En el caso de la crisis de las Malvinas, el gobierno de Argentina, enfrentado a una espiral ascendente de problemas económicos y políticos internos, apostó a que podría mejorar su situación apoderándose de un conjunto de pequeñas islas en el Atlántico sur, entonces como ahora propiedad de Gran Bretaña y reclamadas por Argentina, bajo el supuesto de que Gran Bretaña no estaría dispuesta ni sería capaz de montar una respuesta militar eficaz. Fue un desastroso error de cálculo; cuando el humo se disipó, Gran Bretaña había vuelto a tomar las islas por la fuerza, los militares argentinos habían sufrido una derrota humillante, y la crisis de legitimidad que lo siguió rápidamente supuso el fin el gobierno argentino.

Vale la pena señalar que si la guerra se hubiera desarrollado de otra manera, digamos, si la Argentina hubiera contado con un centenar de misiles Exocet, en lugar de los cinco que tenían, y hubiera hundido a la mayor parte de la flota británica probablemente el gobierno Margaret Thatcher habría caído en el corto plazo. La diferencia, por supuesto, es que la transferencia de poder en Gran Bretaña habría

seguido las reglas normales de la política británica; habría habido una moción de confianza en la Cámara de los Comunes, habría cambiado la persona que vivía en el número 10 de Downing Street, y punto. En Argentina las cosas no eran tan simples, porque no había manera sencilla de deshacerse de un liderazgo incompetente y de sus políticas sin tumbar todo un sistema de gobierno y sustituirlo por otra cosa.

Uno de los puntos clave del cuento es que Estados Unidos ahora está mucho más cerca de la situación argentina que de la británica. Aquí en Estados Unidos, acabamos de pasar un año en el que hemos visto a dos candidatos (intercambiables entre sí) competir por ver quién tomará el juramento presidencial el próximo enero. Pero no deben agobiarse aquellos de mis lectores que sean republicanos y estén abatidos por la victoria de Obama; las políticas que veremos en los próximos cuatro años serán exactamente las mismas que las que habrían tenido si su candidato hubiera ganado, y ahora tienen libertad para criticarlo, mientras que los demócratas tienen que aguantarse otros cuatro años fingiendo que el hombre a quien ayudaron a poner en el poder está traicionando todos los principios que supuestamente representa su partido. El empeño vociferante y violento de seguir de la misma política exterior fracasada, el ansia ansiosa de llevar al país a la bancarrota en nombre de la seguridad global, la negativa tácita de procesar a magnates—incluso en casos de gravísimos crímenes financieros—, el menoscabo de las libertades civiles, los regalos gigantescos de las industrias influyentes para corromper gobernantes, y así sucesivamente: todo el paquete diseñado para asegurar su continuidad de las políticas estadounidenses se ha ido consolidando desde los días de George W. Bush, gane quien gane la elección.

En posts previos de este mismo blog se han discutido las razones por las que la maquinaria de la formulación de políticas del gobierno de Estados Unidos ha subvertido su finalidad, quedando sólo un surtido de políticas fallidas que ejecutar una y otra vez como un disco rayado. Tarde o temprano ese proceso acabará, aunque sólo sea porque un gobierno que no hace más que fracasar tarde o temprano desaparece. El escenario que tracé en la narración sugiere una posible forma en que podría resolverse el atasco; hay muchas formas verosímiles, pero la mayoría de ellas implican el fin del modo concreto de gobierno constitucional que tenemos hoy en los Estados Unidos.

2.- Sigamos. **La convención constitucional se sale de madre y de repente toma un camino político impensable**. Esta ficción se basa en los hechos iniciales de la Revolución Francesa. El conflicto que surge en el relato entre los estados y el gobierno federal es un premeditado símil del conflicto que tuvo lugar entre la aristocracia francesa y la monarquía en los años previos a 1789. La aristocracia, luchando por recuperar sus privilegios perdidos, logró presionar a Luis XVI para convocar los Estados Generales —una especie de parlamento nacional rara vez convocado de Francia— que tenía prácticamente los mismos poderes que una convención constitucional en los Estados Unidos. Cuando se reunieron los delegados, explotó la crisis de legitimidad que se había ido acumulando en Francia desde hacía décadas; los intentos para mantener la reunión centrada en su objetivo oficial (la aprobación de un presupuesto económico para la nación en un momento de crisis) se vieron desbordados por los acontecimientos, y en las semanas que siguieron, se deshizo para siempre un sistema de gobierno que había perdurado siglos.

3.- La irracional deriva hacia el extremismo por parte del pueblo estadounidense en los meses previos a la convención constitucional. Eso ya ha ocurrido en los Estados Unidos de América antes, durante e inmediatamente después de la elección presidencial de 1860. La mayoría de los estados del sur se rebelaron en poco más de un año, al tiempo que la violenta oposición a la esclavitud y la desunión en la mayoría de los estados del Norte, sirvió en ambos casos para consolidar las respectivas transiciones desde ideologías minoritarias hacia causas populares por las que cientos de miles de personas serían capaces luchar y morir. La historia de 1860, escribió el historiador Bruce Catton en "The Coming Fury" (La furia que viene), "es la historia de una gran nación, que marcha con la música salvaje de las bandas, con antorchas llameantes y con pancartas y gritos entusiastas, moviéndose hasta despeñarse por el acantilado en el mar"(por cierto, el libro de Catton debería ser de lectura obligatoria para todos aquellos convencidos de que el proceso político estadounidense es incapaz de un cambio drástico; por lo demás, es un libro condenadamente bueno, y los dos volúmenes posteriores, "Terrible Swift Sword" y "Never Call Retreta" son igual de buenos.)

4.- La disolución de los Estados Unidos mediante una disposición nunca utilizado de la Constitución se inspira en la caída de la Unión Soviética. Sobre el papel, cada una de las repúblicas que conformaban la

Unión Soviética tenía el derecho de separarse de la Unión en cualquier momento. En la práctica, bueno... Ni en lo más profundo del pensamiento mientras vivía Stalin. Con Gorbachov, sin embargo, Boris Yeltsin pudo y tuvo que invocar la cláusula de la constitución soviética sin arriesgarse a ser repentinamente destituido de su cargo a través del expeditivo método del disparo en la nuca y una tumba sin nombre; el sistema soviético que ya estaba en crisis se deshizo en días.

5.- El fracaso de los militares y de los servicios de inteligencia para impedir por la fuerza la caída del gobierno. Se basa en los sucesos ocurridos en la mayor parte del bloque del Este justo tras la caída del muro de Berlín. Las naciones del Pacto de Varsovia tenían cada una, en teoría, un número más que suficiente de soldados y de policías secretos para apuntalar a un gobierno en problemas (por ejemplo, deteniendo a manifestantes, disparando, o haciendo las cosas que los gobiernos amenazados, intimidados o coaccionados suelen hacen a sus compatriotas). En la práctica, en la crisis final de cada uno de los regímenes se vio al personal militar al lado de los insurgentes por activa o por pasiva (dejando hacer), mientras los comandantes del Partido miraban con nerviosismo a sus propias tropas, incómodamente conscientes de que si se les ordenase atacar a la población civil podría generarse rápidamente una guerra civil (o, bajando a nivel personal, encontrase con una bala perdida o una granada de mano lanzada en una sala de conferencias, por cortesía de sus propios soldados).

En general, esa es la gran debilidad de todos los gobiernos. La idea de que los líderes de una nación ejercen el poder es un resumen rápido y conveniente, pero engañoso, para un proceso mucho más complejo, en el que el poder es en realidad ejercido por miles de soldados ordinarios, policías, funcionarios de rango menor y similares, que obedecen órdenes que llegan en cascada por la cadena de mando a través de un número indeterminado de intermediarios. Si ocurre cualquier cosa que afecte a la predisposición a seguir las órdenes en esos miles de personas, o que interfiera con la capacidad o la voluntad de la cadena de mando, el teórico poder del gobierno puede evaporarse como la escarcha en una mañana soleada. Cuando un gobierno colapsa eso es lo que habitualmente ocurre, salvo que sea directamente expulsado por las tropas invasoras de alguna otra nación.

Algunos de mis lectores, sin duda, objetarán que yo podría haber elegido un conjunto diferente de analogías históricas y haber contado en un relato diferente cómo se hizo pedazos el imperio global de Estados Unidos, y la propia nación. Eso es exactamente lo que quise hacer. La narración presentada en varias entradas a lo largo del mes de octubre, como ya expliqué en su momento, no es mi idea de cómo caerá el imperio estadounidense; simplemente es un relato que cuenta una manera (una de entre las muchas posibles) en que el imperio estadounidense podría colapsar, y los detalles fueron elegidos para remarcar algunas de las más graves líneas de rotura que atenazan a ese imperio y a la sociedad en la que se apoya.

Por supuesto el fin del imperio global de Estados Unidos podría ocurrir de muchas otras formas. El fracaso total del proceso político podría provocar un colapso del gobierno constitucional para caer en las manos de algún demagogo carismático (o de otro tipo); podríamos ver como explota una insurgencia sostenida en muchas partes del país, el fracaso de la economía podría forzar al gobierno a repatriar las tropas desde el extranjero. Un fracaso militar del tipo que he descrito, en lugar de desencadenar el ansia de disolución, podría marcar el comienzo de una larga era de reducción y recolocación de personal, en el que se reafirmase el antaño tradicional aislamiento de los Estados Unidos y resucitara como pieza central de la política de la nación el consejo de George Washington sobre cómo evitar la intervención en el exterior. Elegí una opción mínima y relativamente poco traumática, en gran parte debido a que para muchas personas parece imposible recordar que muchos de los grandes y fuertemente armados estados-nación a lo largo de los años han colapsado en una forma u otra, sin acabar en una guerra civil o sin agredir al resto del planeta. Aun así, no hay garantía de que las cosas funcionen así. Hay muchas opciones mientras nos acercamos al futuro post-americano.

Lo único que ahora no es una opción, diría yo, es una continuación duradera del dominio mundial de los Estados Unidos. Al igual que el imperio británico de hace un siglo, el imperio estadounidense muestra visibles grietas en sus costuras como los costes de mantener una presencia imperial global por lo que los beneficios de la bomba de la riqueza imperial menguan y ya no son tan evidentes. Recursos que la nación ya no puede permitirse el lujo de gastar se vierten en tecnologías militares que dan por supuesta una forma de guerra que se acerca rápidamente a su fecha de caducidad, mientras que las potencias

emergentes menos preocupadas por el legado del pasado dan vueltas ladrando a su alrededor, esperando los primeros signos de debilidad. ¿Cuál de estas potencias en ascenso acabará siendo la próxima en ejercer la hegemonía global? Esa es una buena pregunta; ciertamente, China parece ser el candidato mejor situado en este momento, pero también Alemania parecía la mejor candidata para sustituir a Gran Bretaña en 1912, y sabemos lo que pasó después.

¿A qué se parece un futuro post-americano? Para empezar, en Estados Unidos, hay un futuro en el que la gran mayoría de las personas van a ser mucho menos ricas de lo que lo son hoy en día. El nivel de vida norteamericano ha sido alimentado desde 1945 por los desequilibrios sistémicos que permitieron gozar de una cuarta parte de los recursos energéticos del mundo y de un tercio de sus materias primas y productos industriales para sólo el cinco por ciento de la humanidad. Todo lo que consideramos normal en la vida americana de hoy está en función de que se mantenga el flujo del tributo imperial, y si éste se esfuma, la mayor parte de lo que hoy consideramos normal en la vida estadounidense va a cambiar. Los problemas económicos presentes desde 2008 son los temblores de un cambio sísmico, que verá una enorme caída de los ingresos de la mayor parte de los estadounidenses hasta niveles tercermundistas.

Aquellos de mis lectores que se indignan por la extrema desproporción de la riqueza entre los ricos y el resto de personas en los EE.UU. deberían recordar que la mayor parte de esa diferencia consiste en riqueza de papel, mucha de ella de un valor muy cuestionable. Billones de dólares en derivados dudosos, valores respaldados por activos respaldados por activos totalmente inseguros, préstamos que nunca va a ser devueltos, y otros almacenes de riqueza igualmente ilusoria son la almohada sobre la que descansa el hipotético patrimonio neto del estadounidense rico; en cualquier futuro post-américa imaginable, todo volverá a valorarse en su valor real, que en la mayoría de los casos equivale a cero. Al igual que la Gran Depresión se vio caer a plomo enormes patrimonios consistentes en riqueza de papel que quedó convertida en mero papel, en la Mayor Depresión que seguirá al fin del imperio estadounidense es casi seguro que veremos el mismo fenómeno en una escala aún mayor. Una moraleja de esta historia es que cualquiera de mis lectores que haya vinculado su riqueza a activos de papel de cualquier tipo debería ser sabio y pensar, profundamente, durante cuánto tiempo quieren dejarla allí.

Fuera de los Estados Unidos, las circunstancias pueden variar. Aquellas naciones que han vinculado su bienestar o su supervivencia demasiado cerca de imperio estadounidense serán arrastradas a su vez; aquellas que se alíen a un candidato para sustituir a los Estados Unidos prosperarán o decaerán dependiendo de su elección, mientras que sin duda le irá bien las que tengan la cordura de situarse en la neutralidad, hasta que se disipe el humo, para después llegar a acuerdos con la nueva potencia hegemónica. Sospecho que, en particular, Japón y Europa occidental se encontrarán con una sorpresa muy amarga. Desde hace décadas han cosechado los beneficios de tener su defensa nacional apoyada por los gigantescos presupuestos de defensa de Estados Unidos, y al acabarse esa placentera disposición estarán obligados a elegir entre gastar mucho más dinero en sus propias fuerzas armadas, aceptar a un nuevo señor que puede ser bastante menos agradable que el que tienen ahora, o asumir que se hallan en una situación de vulnerabilidad extrema en una época en la que ello puede llegar a ser algo excepcionalmente arriesgado.

No obstante, todas estas preocupaciones son secundarias al factor más importante, que es que el futuro post-estadounidense todavía tendrá que hacer frente al choque frontal planetario entre un sistema económico global que requiere el crecimiento perpetuo y los duros límites que impone la realidad. El fin del imperio de los Estados Unidos no significa el fin de la civilización industrial. Tampoco, en ningún modo, va a resolver los dos grandes problemas gemelos esbozados hace décadas en las premonitorias y por lo tanto profundamente ignoradas páginas de “Los límites del crecimiento”: el agotamiento de los necesarios recursos no renovables, particularmente el de los combustibles fósiles, y la acumulación en la biosfera de contaminantes dañinos para la economía y para la ecología, sobre todo dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero. Esas fuerzas son todavía el hecho dominante de nuestro tiempo, y el final del imperio —que puede ser muy traumático, y no sólo para los estadounidenses—no será un simple bache en el camino del Largo Declive.